

Paralelas

Carlos Manuel Sánchez

Cuando le vi a través de la ventana supe que se sentaría frente a mí. No sabía explicarme una previsión tan asombrosa, me tengo por muy racional, pero lo cierto es que el tren partió de la estación de San Yago con ese nuevo viajero acomodándose en el asiento confrontado al mío. No es que no fuera una persona normal o resultara llamativa por algo extraordinario; es que ante mí se mostró un retrato vivo de mi padre cuando éste tenía treinta o treinta y cinco años menos. El hombre se sentó, se ajustó los auriculares de una radio de bolsillo en los oídos, alzó las gafas sobre el caballete de la nariz, carraspeó, abrió *El País* y se dispuso a leer. Yo no podía dejar de observarle: su nariz estirada y abultada en su final, su bigote amplio de tonos amarillentos allí por donde el humo del tabaco se exhalaba desde la nariz, sus cuatro pelos peinados hacia atrás, su barbilla partida no es que me evocaran, es que me regresaban a mi infancia. Yo había visto a esa persona cuando tenía 10 o 12 años. Recordaba perfectamente su aspecto, su vestimenta, sus ademanes, sus gestos, el escozor que dejaba en mi mejilla el beso rasposo de su mostacho. Contemplar a ese hombre dúplice era recuperar a mi padre, hundido en una depresión desde hacía ya seis largos años. Significaba volver a verle reír como lo hacía este señor tras escuchar, suponía, alguna gracia, algún retruécano en la radio. Le hubiera abrazado allí mismo, le hubiera besado con todo el cariño del mundo si no hubiera sido porque nadie lo hubiera entendido. Quizá esos sutiles seísmos emotivos le alteraran tanto como mi mirada insistente. Lo cierto es que el pobre hombre empezaba a cuajar en sus miradas la inquietud que le producía ser observado por un varón adulto de mediana edad que intentaba disimular girando la cabeza hacia la ventana cuando le miraba. Y aunque mi expresión no era ni mucho menos agresiva, percibía su ansiedad por sus incontrolados parpadeos, traición facial que compartía con mi padre.

Llegué a la estación de Chamartín y hube de bajarme, camino de mi trabajo. Durante toda la mañana tuve la imagen de ese hombre en mi cabeza. Decidí llamar a mi padre y comer con él. No sólo lo agradece con lágrimas sino que mi presencia alivia un poco a mi madre de una cotidiana conversación muda sobre nada. Llegué a su casa, a nuestra vieja casa. Mi padre dormitaba en su sillón orejero. La medicación le mantiene soñoliento buena parte del día y de la noche. En las pocas horas periféricas que atiende, la melancolía invade todos los pliegues de sus miradas. No quise despertarle aún. Preferí observar las fotografías colocadas cuidadosamente en la consolita del pasillo y en las baldas de la estantería del cuarto de estar. Allí seguía, enmarcada en madera labrada, la foto de mis padres recién casados posando circunspectos en las escalinatas de la iglesia de la Paloma. Entre esta foto y un Cristo de latón recuerdo de Compostela estaba la imagen de mi padre junto a mi madre apoyados sobre el capó del primer

seiscientos. En el estante de abajo aparecía fotografiado yo mismo con mis progenitores, misal y rosario en mano el día de mi primera comunión. En el rincón de la consola aún continuaba el retrato de mi padre captado durante su milicia en las plazas españolas del norte de África. No cabía duda posible. La persona que yo había visto por la mañana en el tren era idéntica a mi padre. Yo no sé si las historias de los dobles pertenecen a la realidad o a la leyenda. Sé que ese señor era igual a mi padre hacía más de treinta años.

Comimos juntos los tres. Hablamos de lo de siempre: del paro de mi hermano, de la enfermedad del pobre Justo, de lo ricas que estaban las niñas, de si come un poco más de carne que esto es mucho para mí, etc. Mientras pelaba una mandarina no pude resistirme más y lo solté a bocajarro: "Papá, te he visto hoy, en el tren, cuando tenías 40 años." Se echó a llorar. No sé si por su nostalgia de aquellos años o por pensar que también yo, su hijo pequeño, había caído en las garras de la murria.

Al día siguiente busqué al sosia de mi padre en el mismo tren en que lo había visto. Sin embargo, ni en ese día ni en los siguientes, ni en ese vagón ni en todo el tren lo pude encontrar. El no verle me causaba una extraña pesadumbre. Había imaginado que quizás pudiera retomar una relación con mi padre basada de nuevo en la alegría. Me había ilusionado con la posibilidad de ver su rostro cada mañana iluminado y entero. Había previsto incluso entablar alguna conversación con él, casual, improvisada, meteorológica. Su ausencia era desconcertante. Como si hubiera sido una aparición, una historia de fantasmas, de saltos de tiempos y esas cosas que tanto seducen a cerebros proclives a sorterías y supersticiones, a jugar al escondite consigo mismos en definitiva. Pero yo, muy racional, sabía que lo había visto subir en la estación de Sant Yago, a las nueve menos cuarto de un miércoles. Y aunque al siguiente miércoles no lo hizo, sí que apareció transcurridos quince días desde la primera vez. Se me saltaron las lágrimas al verlo allí en el andén, retrocediendo levemente para evitar el rebufo del tren. Esta vez se sentó en un vagón anterior al mío. Recogí mi carpeta y mi abrigo, tropecé contra las rodillas de la señora que estaba a mi lado antes de salir al pasillo y dirigirme hacia el lugar donde estaba mi añorado joven padre. Nada más verme se ocultó tras el periódico. Aquel gesto me frenó el ánimo. Seguí unos metros adelante y me senté en la bancada lateral que hay junto a las puertas. Desde allí quedaba a tiro de vista su nuca, su bien conocida calva en U, sus orejas, grandes siempre en mi recuerdo. De repente miró hacia atrás y me sorprendió con los ojos fijos en su imagen. A pesar de su esfuerzo por disimularlo, observé un rictus que añadía a la incredulidad un grado de pavor.

Verifiqué que quince días era el lapso entre viaje y viaje. Adondequiera que fuera, lo hacía cada quince días. Estuve tentado de seguirle y averiguar más detalles de su vida, de su trabajo, de su familia; pero, por un lado, no quería romper el encantamiento, y, por otro, cada vez sentía más su rechazo hacia mí. Yo le buscaba en los vagones, me situaba cerca de él, para mirarlo, para disfrutar de mi padre sano, aunque sólo fuera en mis imaginaciones. Pero él se zafaba de mí en cuanto me veía acercar. Me miraba

extrañado y lejano. No entendía que nadie le persiguiera de esa manera silenciosa, implacable, sin objetivos.

No era justo. Me había convertido en el perseguidor de una persona en donde sólo yo veía un sueño. No era justo convertir en un infierno el simple viaje en tren de una persona normal, tan sólo porque a un individuo, por bienintencionado que yo fuera, le emocionaba contemplarle. Conseguiría a este paso que fuera presa de un ataque paranoico. Quizás lograría que no volviera a coger el tren para ir a su destino, cualquiera que este fuera. ¿Sería capaz de consentir que una persona robusta, alegre, vital acabara como mi padre, presa de sus propios nervios? ¿No era eso precisamente lo que trataba de rehuir con mi imaginación? No era justo. Por eso decidí darle explicaciones de mi comportamiento.

Lo primero que hice fue no coger el tren en la fecha en que supuse que él sí lo haría. Quería que recuperara la confianza, que no desistiera del tren. Ese hubiera sido el mayor de los fracasos. Una pérdida definitiva, una muerte adelantada. Lo demás, sería tan elocuente que no necesitaría mayor argumentación. Logré convencer a mi padre para llevarlo a un médico especial del que, le dije, me habían hablado maravillas. Conseguía curar todo tipo de hipocondrías, melancolías y otros humores oscuros. La consulta la pasaba los miércoles. Pero había que pedir cita previa con cierta antelación. Tendríamos que ir pasados dos miércoles. Así dispuse el encuentro entre los dos dobles. Quizás las dos personalidades escindidas de un mismo ser, quizás, simplemente, el resultado tardío de una aventura de mi abuelo, aunque esto era imposible porque bien sabía que había fallecido en la guerra muchos años antes del nacimiento del doble de mi padre.

Esta vez subió en el mismo vagón en donde nosotros nos habíamos acomodado. Quedaba libre un asiento enfrente. No pudo evitar verme e intentar pasar de largo, pero tampoco pudo evitar seguir con su mirada a la mía, que dirigí hacia mi padre. Creo que se conmocionó. No debe ser nada fácil admitir que no eres nadie especial en el mundo. Que tu cliché anda por ahí suelto. Se tarda tiempo en asumir que eres otro para el resto de la humanidad, pero serlo de ti mismo es más que esquizoide, es resquebrajador. Sospecho que hubo un terremoto en sus adentros al contemplarse de viejo treintaytantos años antes de serlo. Se sentó en frente a mi padre, junto al pasillo. Yo decidí dejarles solos con sus misterios. Miré por la ventanilla, en cuyo cristal se reflejaban fantasmagóricamente mezclados un paisaje de encinas fugaces y ambos rostros. El de mi padre, oteándole desde una lejanía brumosa. Se le encharcaron los ojos. El de su doble, pasmado, me miró varias veces asintiendo levísimamente con la cabeza. Entre ellos se miraban y rehuían la mirada como imanes biológicos de polaridad ocular contraria. Pensé que debiera decir algo, pero la evidencia lo aclaraba todo. El viaje siguió en silencio. Mi padre lagrimeando contenidamente. Su doble con la mirada esquiva hacia todas partes. Los campos de los montes del Pardo desaparecieron en los alrededores de Madrid. Faltaban un par de estaciones para llegar a la de Chamartín. Allí le

debería decir a mi padre que la visita era a una farmacia para conseguir Prozac. En Pitis, mi padre se incorporó. Se quitó las gafas y miró fijamente su reflejo en la lente. Pero no dijo nada. Al salir de la estación de Ramón y Cajal, creo que mi padre estuvo a punto de decir algo, le vi morderse los labios con intención de voz, pero no dijo nada. El otro creo que esperaba alguna palabra. Pero tampoco dijo nada. Por fin llegamos a Chamartín. "Vamos papá. Hemos llegado". Nos levantamos despacio y salimos al andén inseguros y extrañados.

Mi padre no hizo ningún comentario más allá de una expresiva llorera. Yo, sin embargo, me sentía descansado. Había servido de alcafoide para juntar lo que el tiempo transportaba separadamente. La sensación había sido insólita, pero al menos el misterio había emergido a la luz. Entendí que era no sólo inútil sino estúpido jugar con el tiempo de las personas por encima de ellas mismas, como si creara un Franksenstein temporal, un Cronstein recreado sólo de retales de los mejores días de cada persona que despreciara el resto de experiencias en un vertedero de olvidos. No. Si hubiera alguna lección que aprender de toda la situación vivida debiera ser el aceptar a mi padre enteramente, a quererlo en su personal e intransferible sufrimiento. Encontraba coherente la moraleja. Ya he dicho que soy muy racional. Por eso mismo, no volví a preocuparme del asunto. Hasta ayer, miércoles. Cuando le vi a través de la ventana supe que se sentaría frente a mí. El tren salió de la estación de San Yago con un nuevo viajero acomodándose ante mí. Iba acompañado por el doble de mi padre. Era el retrato vivo de mí mismo, con, acaso, unos diez años menos, cuando el accidente. Cabizbajo, con los ojos más ausentes que hundidos; la nariz, de tabique torcido como el mío, la orilla de la boca a punto de eccema por los afeitados sin loción, el pelo negro y fino. Le miré aturdido, sobresaltado, alterado, contenido. Esquivé sus ojos cuantas veces se cruzaron con los míos. Miré hacia todas partes para olvidar el detalle. Al llegar a Ramón y Cajal, creo que estuvo a punto de decirme algo. Pero no dijo nada. Por fin llegamos a Chamartín. "Vamos hijo. Hemos llegado". Se levantaron despacio y salieron al andén inseguros y extrañados.